

OPINIÓN

> CARTA DEL DIRECTOR / PEDRO J. RAMÍREZ

El oso y el Papa

Han pasado más de siete años pero aún debo de guardar, fosilizada en algún sitio, la mueca de estupor que se me dibujó en el rostro cuando la primera vez que me invitó a La Moncloa, justo antes de sentarnos a cenar, Zapatero me hizo la última pregunta que podía esperar escuchar en aquel sitio: «¿Oye, tú crees en Dios?».

No sé cómo hubieran reaccionado ustedes. Mi primera tentación fue darle un corte en clave ácida, rígida o irónica. Pero mientras dudaba entre el «¿y a ti qué te importa?», el «eso forma parte de mi intimidad» o el «no hablaré si no es en presencia de mi abogado», él aprovechó mis dos segundos de sorpresa para contextualizar su interrogante: «Es que yo no creo... ¿sabes?».

Aún me dejó más estupefacto. La estancia aneja a la sala del Consejo de Ministros, habilitada por entonces como comedor de invitados, se había transformado de repente en una habitación de colegio mayor en la que, con una guitarra en el rincón, un póster del Che o cualquier otro icono pop y un cenicero repleto de colillas, las confidencias y debates no giraban sobre peripecias amorosas, académicas o deportivas sino nada menos que sobre la existencia de Dios.

Claro que, bien pensado, aquello podía parecer frívolo pero no era banal en absoluto. De hecho estaba ante el primer jefe de gobierno de la democracia que, emulando a Azaña, se declaraba cabalmente ateo ante un interlocutor que no podía dejar de tomar nota para, permítaseme el sarcasmo, terminar dando fe de ello.

Por eso, confianza por confianza, me sentí obligado a entrar al trapo, aunque pareciera que lo hacía con una evasiva: «Si no tuviera más remedio que responder a esa pregunta, te diría que no lo sé». Probablemente, el que yo diera esa sensación de nadar entre dos aguas terminó de darle alas y fue entonces cuando me explicó que la hoja de ruta de su «democracia bonita» incluía ayudar a la sociedad española a «liberarse» de la dependencia de la Iglesia católica, fruto de tantos años de «atraso».

Desde ese momento tuve muy claro que para Zapatero no podía haber ni progreso ni modernización sin beligerancia laica y que uno de los raseros por los que iba a medir su propia satisfacción política iba a ser el nivel de confrontación con la jerarquía católica. Cuando algo después me explicó que para él hubiera sido aceptable utilizar la expresión «unión conyugal» en lugar de la de «matrimonio» para regular los derechos civiles de los homosexuales, «pero el problema es que Zerolo no quiere», me di cuenta de que, en su obsesión por restringir un poder fáctico, estaba cayendo en manos de otro. Es decir, que combatía lo que él veía como dogmas y supersticiones de una Iglesia desde el código rígido de otra a cuya prelatura añadiría pronto a feministas y ecologistas.

No faltarán quienes vean tanta inmadurez en mi respuesta como en su pregunta, pero durante estos días en los que con motivo de la visita del Papa muchos colegas se han declarado creyentes, agnósticos o ateos en estas u otras páginas también puede tener

algún valor que alguien diga que pertenece al segmento del «no sabe, pero sí contesta».

Puesto que para los bautizados en la Iglesia católica creer en Dios significa creer en la Santísima Trinidad, en la concepción de la Virgen María por obra y gracia del Espíritu Santo, en la transubstanciación del Verbo, en la resurrección de Cristo, en su ascensión a los cielos, en la vida eterna, en los goces del Paraíso y en las calderas del Infierno –tengo entendido que últimamente nos han perdonado lo del Purgatorio– debo confesar que no se me ocurre cómo nada de eso haya

mito, como lo hice al despedir con admiración a Juan Pablo II, aquel gran Papa carismático que «nos cubría las espaldas», que si escucho siempre con interés y respeto al pensador profundo que hay en Benedicto XVI es «por si acaso» tiene razón.

O, para ser más exactos, porque hay una parte de lo que dice –todo lo relacionado con la dignidad de la persona y de la vida humanas– que resulta muy certero y razonable, al margen de cuáles sean las convicciones religiosas de cada cual. Incluso si no fuera verdad ninguno de los hechos extraordinarios descritos en

el Catecismo y en el Credo, el aporte a la convivencia y la civilización humanas de una organización que difunde el amor, predica la paz y atiende a los más necesitados continuaría siendo tan digno de encomio como impagable.

No se puede negar que en esta Jornada Mundial de la Juventud que culminará hoy, las calles de Madrid se han llenado de idealismo, de generosidad contagiosa y energía positiva. El «siempre alegres para hacer felices a los demás» que pregonaban Escrivá de Balaguer y el padre Urteaga se ha plasmado a escala multitudinaria y, a

pesar de las ofensas y provocaciones de la marcha anticlerical del miércoles, no hemos visto gestos agresivos, no hemos escuchado insultos, gritos o consignas contra nadie; sólo reivindicaciones positivas de una forma de entender la vida más exigente con uno mismo que con los otros.

A pesar de haber estudiado en la Universidad de Navarra y, a diferencia de algunos colegas que ahora ejercen de lobos feroces, nunca fui del Opus –ni se me pasó por la cabeza, era metafísicamente imposible– y todavía sigo mirando a amigos y conocidos que sí lo son como una especie de bichos raros. Pero mi perplejidad se cimienta –y esto es extensivo a todos los activistas católicos– en la percepción de que la mayoría de ellos desarrollan mejor sus capacidades intelectuales y transmiten más a menudo buenas vibraciones que la media de los mortales. No es casual que se resalte como contradictorio el que un hombre de religiosidad acreditada resulte ser un malvado.

Si me fijo en el otro plato de la balanza no tengo duda de que hay áreas claves para el desarrollo y bienestar social en las que el magisterio de la Iglesia cumple hoy un papel claramente reaccionario. Sobre todo en lo relativo a la sexualidad, la contracepción y la bioética. De hecho sólo una minoría de los propios católicos practicantes aplican a su vida diaria esas estrictas normas que te obligan hasta a apartar la vista de cualquier manzana reluciente.

Pero esto sería un problema si viviéramos en un Estado confesional, no digamos en una teocracia, en el que los principios religiosos impregnaran las normas positivas. En la Es-



RICARDO

podido llegar a suceder de forma material. Pero si a continuación alguien me cataloga, en consecuencia y en pura lógica, como no creyente, algo se revuelve en mí pues considero que se me está expropiando de un derecho que me pertenece, de una parte del legado emocional y cultural que me transmitieron mis padres.

Suele decirse que la fe es una gracia del cielo pero esa misma circunstancia la vuelve imposible de valorar por parte de quienes no la tienen o tenemos. No vean, pues, en esta reflexión ningún tipo de ansiedad o sensación de merma. Tan sólo la serena constatación de que muchos agnósticos e incluso ateos se han vuelto creyentes y, por difícil que parezca, eso puede terminar sucediéndole a cualquiera. Tal vez sea una actitud egoísta e incluso arrogante, pero ad-

PRESIDENTA: CARMEN IGLESIAS

CONSEJERO DELEGADO: ANTONIO FERNÁNDEZ-GALIANO

DIRECTOR: PEDRO J. RAMÍREZ

VICEDIRECTORES: Casimiro García-Abadillo,
Miguel Ángel Mellado.

ADJUNTA AL DIRECTOR: Victoria Prego.

DIRECTORES ADJUNTOS: Iñaki Gil (Información),
Juan Carlos Laviana (Orbita), John Müller.

SECRETARIO GRAL. DE LA REDACCIÓN: Aurelio Fernández.

ADJ. RELACIONES INTERNACIONALES: Víctor de la Serna.

DIRECTOR DE ARTE: Carmelo Caderot.

DIRECTOR EL MUNDO ES: Fernando Baeta.

DIRECTOR DE DOCUMENTACIÓN: Julio Miravalls.

PRESIDENTE DEL CONSEJO EDITORIAL: Jorge de Esteban.

Fundado en 1989 por Alfonso de Salas, Pedro J. Ramírez,
Balbino Fraga y Juan González.

DIRECTOR GENERAL-PUBLICIDAD: Alejandro de Vicente.

DIRECTORA GENERAL: Eva Fernández.

DIRECTORA DE OPERACIONES: Yolanda López.

EDITA: Unidad Editorial Información General. S. L. U.

PUBLICIDAD: Jesús Zaballa.

MARKETING: Pedro Iglesias.

paña actual la Iglesia a lo más que puede llegar, cuando se pone antipática, es a amenazarte con las penas del infierno, y al no creyente eso debería darle igual. «*Tant se val si és pecat*», cantaba el mejor Serrat hace ya más de 40 años. ¿A qué viene entonces que la práctica del sacramento de la confesión irrite tanto a quien se burla del propio concepto de pecado?

No discuto que en el pasado la intransigencia religiosa ha podido arruinarle la vida a mucha gente, pero tras el viaje pendular que hemos vivido en el último medio siglo, la Iglesia cumple hoy en España un saludable papel de contrapeso crítico frente a una legislación desequilibrada que desparra derechos y omite deberes. A eso se refirió el Papa con su alusión a quienes «creyéndose dioses» pretenden «decidir quién es digno de vivir». Es el caso de la reforma del aborto que relega de manera injusta la protección del *nasciturus*, encomendada en su día por el Tribunal Constitucional al legislador, lo que hace ineludible su enmienda por un futuro gobierno del PP. No para asumir las tesis de la Iglesia sino para volver a ponderarlas de forma más ecuánime en un contexto de despenalización parcial.

En cambio, puesto que no pretendemos construir una sociedad cartesiana y es lógico que el pragmatismo impere en la acción política, nada me sorprendería que Rajoy no cambiara ni una coma en la Ley del Matrimonio Homosexual, habida cuenta su nula conflictividad práctica. La denominación de «unión conyugal» hubiera sido idónea en términos biológicos y jurídicos, pero no hay situación límite alguna que imponga ahora la marcha atrás.

El *Roma locuta, causa finita* ya no rige en la sociedad española. Pero precisamente por eso tiene más sentido escuchar con atención a una institución como la Iglesia que forma parte de la médula de nuestra historia y que encima se expresa a través de un portavoz tan articulado y profundo como ese cardenal Rouco que admira a Edith Stein y, muy en sintonía con el propio Ratzinger, cita a los más varia-

cente teólogo sin darse cuenta de que tal proposición quedaba desmentida por su propia presencia, hay que suponer que remunerada, en la página 3 de un diario de difusión nacional. Ocurre lo contrario: cuanto más hondas son nuestras crisis mayor es la búsqueda de respuestas trascendentes, y la espectacular capacidad de convocatoria de la MJM lo demuestra.

Sobre todo cuando quien la ha protagonizado no ha sido ni una estrella de rock ni un futbolista con crestas en el pelo sino un anciano de maneras suaves y sonrisa tímida que cuando fue promovido a la silla de Pedro arrastró hasta su escudo papal, junto a la concha del peregrino y al llamado moro de Freising—símbolo de la universalidad de la Iglesia—, la figura de aquel *ursus horribilis* que hace 13 siglos atacó a un vir-

Ha hecho bien Zapatero en rebajar la tensión y en acudir el viernes a la nunciatura

tuoso clérigo cuando acudía a Roma para ser ungido obispo.

Los más fieles a estas Cartas recordarán mi fascinación por el oso de San Corbiniano—remoto antecesor de Ratzinger en la diócesis de Baviera— cuando Benedicto XVI comenzó a citarlo en sus homilias. Para el Papa la transformación de aquella fiera corrupta que había devorado a la mula del santo en un dócil animal de carga es la imagen del poder de la gracia divina y el recordatorio permanente de que todos, empezando por él mismo, podemos ser llamados a tirar de un carro al que no esperábamos ser uncidos.

Lo que a mí me inspira el episodio es la capacidad de la civilización humana para transformar los antagonismos fatales en relaciones de colaboración en pos de objetivos compatibles. Nunca ha quedado claro qué es lo que el santo le dijo al oso cuando lo doblegó con su voz suave y firme, pero para mí que le habló de los confortables lechos de paja de ciertos establos de Roma. Por eso me alegro de que el mismo jefe de gobierno que hace siete años me dijo que no creía en Dios acudiera el viernes a la nunciatura a cumplimentar respetuosamente a su representante en la tierra después de una etapa de saludable rebaja de la tensión con la jerarquía católica. Y por eso me alegro, sobre todo, de que en la ciudad que también lo tiene incorporado a su escudo, el oso del Estado no sólo no haya devorado a los cientos de miles de peregrinos sino que haya contribuido a sujetar el madroño frondoso de la fe bajo el que se han cobijado.

Al oso lo que es del oso y a la MJM lo que es de la MJM, pero todos saldríamos ganando si esta colaboración volviera a ser la regla y no una excepción, dentro del paréntesis de un vibrante macroevento, bajo la canícula agostea.

pedroj.ramirez@elmundo.es



Siga todos los días, durante el mes de agosto, el Twitter del director de EL MUNDO

en: twitter.com/pedroj_ramirez

Eurobonos para asegurar el futuro de la moneda única

LA EMISIÓN de eurobonos, entendidos como deuda conjunta de los países de la zona del euro, se abre paso irremediamente. Si hace apenas unos meses ni siquiera estaba en la agenda de los líderes políticos, hoy ya se ven como uno de los instrumentos necesarios para paliar parte de las consecuencias funestas que esta crisis de la deuda está teniendo en las economías del euro. Porque es indudable que la única forma de conseguir adelantar el final de la incertidumbre provocada por la debacle financiera será acelerar el proceso de integración europea.

En este punto, no podemos olvidar, aunque parezca una perogrullada, que la permanencia del euro depende de que todos los países que lo integran se impliquen en ello. Por eso, en esta cuestión concreta de los eurobonos, que la Comisión Europea estudie crearlos al margen de la participación de Alemania está bien como estrategia de presión o como mero análisis de la situación, pero no tiene ningún sentido económico. Simplemente porque cuando la familia tiene que cerrar filas ante una catástrofe económica es absurdo dejar fuera al hermano más rico.

Por eso, el lanzamiento de *bruselbonos* sin el respaldo alemán no haría más que empeorar las cosas porque se crearía una competencia entre el *bund* germano y el del resto de la zona del euro que casi con toda seguridad arrastraría al abismo al recién creado. Por eso, Alemania es imprescindible en el eurobono, aunque se entiendan las reticencias de Angela Merkel: según el instituto Ifo de Múnich, el sobrecoque por la subida de los intereses que supondría la deuda conjunta europea para el Tesoro alemán sería de 47.000 millones

de euros. Es lógico, pues, y así debería ser aceptado por todos los gobiernos, que la creación de los eurobonos llevara aparejado el control exhaustivo de las cuentas de los países que se integran y una vigilancia constante para que llevaran a cabo las reformas necesarias; en definitiva, otro paso en la pérdida de soberanía nacional.

Y es ahí donde creemos que hay que centrar el debate. Lo que estamos viendo en los mercados este mes de agosto es de tal calado que urge la toma de decisiones políticas drásticas. Desde el primer rescate de Grecia, en mayo de 2010, los políticos han ido por detrás de la crisis y así hemos llegado a una situación contradictoria en la que, por ejemplo, los organismos internacionales exigen recortes de gasto a los países que más necesitan crecer y los gobiernos suben impuestos a la población que debería disponer de más recursos para elevar el consumo.

Nicolas Sarkozy decía la semana pasada, tras su reunión con Angela Merkel, que los eurobonos «podrían ser una solución al final del camino hacia la integración europea, no al principio». Pero en este crítico momento quizá fuera una buena solución saltarse los pasos intermedios que quedan, lanzar los eurobonos—con Alemania— y acometer las reformas políticas que hicieran falta en las instituciones europeas para conformar un verdadero Gobierno de la zona euro.

Porque ahora hay que pedir una gran altura de miras a un gobernante para que piense en cómo mejorar la vida de todos los ciudadanos europeos mientras depende de sus electores nacionales para mantenerse en el poder. Hasta entonces seguiremos al paio de los acontecimientos.

Histórica manifestación de adhesión bajo un calor sofocante y una fuerte tormenta

La exigencia moral del Papa a los jóvenes

BENEDICTO XVI vivió ayer una jornada apoteósica en Cuatro Vientos. Un millón de jóvenes, el mayor movimiento de personas que ha vivido Madrid, participaron en una vigilia tras esperar la mayor parte del día soportando temperaturas cercanas a los 40º y, después, una espectacular tormenta. La lluvia obligó al Papa a recortar su discurso, pero en él había una referencia explícita al amor matrimonial «de un hombre y de una mujer en el ámbito de la indisolubilidad y de apertura al don divino de la vida». Igual de con-

tundente se mostró por la mañana con seminaristas de todo el mundo. Tras los escándalos de pederastia que han asolado la Iglesia, les pidió que sólo se convirtieran en sacerdotes si están absolutamente convencidos de tener vocación y dispuestos a cumplir hasta las últimas consecuencias con el celibato, la austeridad y la obediencia. Desde luego no parecen los mensajes más adecuados para ganar adeptos desde un punto de vista humano. Pero los tiene y ayer vimos que son muchos.

Egipto retira a su embajador de Israel y Hamas rompe su tregua con el país hebreo

Un triángulo inflamable en Oriente Medio

UN CONFLICTO de impredecibles dimensiones amenaza con desatarse en Oriente Medio, donde la tensión ha crecido tras la entrada de Egipto en la ecuación. Israel denuncia que, con la caída de Mubarak, El Cairo ha relajado la seguridad en el Sinaí, facilitando la circulación de milicianos de Hamas como los que el jueves perpetraron un atentado que mató a siete israelíes. La respuesta de Israel incluyó un ataque en la frontera con Egipto en el que murieron cinco egipcios y que

las autoridades hebreas tildaron de «error». Pero la disculpa no evitó que Egipto, tradicional aliado de Israel en el mundo árabe, retirase ayer a su embajador en Tel Aviv. Terminando de complicar la situación, Hamas ha aprovechado la coyuntura para romper la tregua y dar otro quebradero de cabeza a un Netanyahu acosado por la contestación popular y por la próxima declaración de independencia de Palestina. Demasiadas inquietudes e incertidumbres para una región tan volátil.

Creencias aparte, una organización que difunde el amor y predica la paz es impagable

dos filósofos en sus homilias.

De hecho el tono intelectual que caracteriza el papado de Benedicto XVI no sólo supone una inyección de consistencia para la Iglesia sino que también implica el lanzamiento de un guante que el racionalismo laico no tiene más remedio que recoger. De ahí la puerilidad de quienes han centrado sus críticas contra la MJM en la cesión de espacios públicos con sus correspondientes dispositivos de seguridad o en la rebaja del transporte público a los asistentes. Al margen de que ya me gustaría a mí tener cientos de miles de usuarios adicionales de un servicio sin coste marginal, aun pagando el 20% de la tarifa, esto sí que es tomar el rábano por las hojas.

«Lo que nadie pone en duda es que la religión interesa cada día menos», escribía el pasado domingo un sedi-